VII

Es altamente solemne el momento en que el sonido del bronce llena los aires en la elevada torre, para anunciar la inmolación de la gran Víctima. Sobre ese bronce que suena se levanta la cruz, símbolo de la Redención, de la felicidad y de la gloria. ¡Que todos, al oirlo, puedan decir con el Centurión del Evangelio, en la efusión de su espíritu: "verdaderamente Éste es el Hijo de Dios."[1]

1 S. Marcos. XV, 39.

REFLEXIÓN III

EL DIA Y LA NOCHE.

Haec requies mea.
Este es mi descanso.
PSALM. CXXXI, 14.

I

DESPUÉS que hubo resonado en los oídos delincuentes de los progenitores del género humano, el eco de maldición, origen fatal de su desgracia, el pecado y la muerte, enseñoreados del mundo, ejercieron su imperio en todos los sitios donde antes había puesto complacido sus miradas el Hacedor Supremo. Cambióse en objeto de ira el que era objeto de complacencia; y abandonada la razón humana á su propio dictamen, no solamente recorrió en breve los senderos todos del mal, sino que arrancó también de la Eterna Sabiduría un suspiro de dolor y de arrepentimiento.[1] El género humano, corriendo de aberración en abe-

1 Génesis. VI, 6.

ración, llegó á hacerse indigno de las benévolas manifestaciones de su Soberano Autor. Un testimonio irrefragable nos presenta de esta triste verdad, aquella horrible catástrofe en que fué envuelto á los dos mil años de su existencia, cuando una sola familia mereció, por su fidelidad, quedar á cubierto del universal y formidable castigo. Testigos también las ciudades del valle de Pentápolis, tristemente célebres, abrasadas por el fuego del cielo.

Jehová, pues, había escondido su faz, antes risueña, tras de las sombras de su justa indignación; parecía haberse ausentado para siempre de la tierra manchada de ingratitud y de crímenes; parecía desconocer en la criatura racional su hermosa imagen, desfigurada ya por las hondas heridas del pecado.

¡Oh hombre! Unas veces lleno de amargura lamentaste tu desgracia, sentado bajo la palma del desierto; otras, buscabas ansioso tu felicidad en la engañosa ilusión de los objetos trazados en tu fantasía; otras, en fin, entregado á vergonzosas pasiones, la frente inclinada y la inteligencia oscurecida, no pensaste sino en lo visible, perdiendo así tu nobleza y tu grandioso destino.

Yo veo sucederse de este modo las generaciones, durante muchos siglos; veo entronizado el genio del mal en la herencia del Señor; veo, por último, al mundo, en su edad primera, cuando debiera ostentar el vigor de su vida juvenil, reducido á la abyección más degradante, y dormir tranquilo el sueño de la muerte.

II

Mas ¡oh economía admirable! extinguida después por las aguas del diluvio la generación delincuente, los descendientes de Noe hallaron gracia delante del Eterno. Tuvieron lugar las divinas promesas; dejáronse ver los símbolos al lado de las figuras, y se hizo el anuncio solemne de una época de felicidad y bienandanza. Promulgáronse más tarde preceptos nuevos, en medio de pompas sublimes y aparato magnífico; estableciose un culto digno de la grandeza de su Divino Autor; y los ojos del Señor ya se fijaron propicios en la porción predilecta de Israel. Desde el augusto propiciatorio, desde el santuario, erigido en medio de las doce tribus, hablaba y se comunicaba á los hombres, al través de sombras misteriosas, el futuro Reparador de nuestro linaje.

Existía sobre la tierra la consoladora esperanza de contemplar algún dia entre los hombres, bajo sensible forma, al Vencedor de la muerte, y cada generación sepultaba consigo en la tumba el amargo desconsuelo de no haber presenciado tan insólito espectáculo. Los caracteres del Hombre Dios, especialmente consignados en los augustos vaticinios, excitaban la atención universal, y tenían absorta la espectación de las naciones.

¡Oh colina de Sión! Permite que desde remoto suelo te salude. Tú escuchaste los gratísimos acentos del Profeta Rey, que, viendo en espíritu las es-

cenas de un lejano porvenir, reprodujo al són de su lira las magníficas promesas hechas en otro tiempo á Abraham, Isaac y Jacob, las predicciones de Isaías, y la voz unísona de tantos otros, que, inspirados como él, le precedieron. Tu memoria vivirá siempre célebre en los fastos del mundo, y tu nombre, radiante de recuerdos, será trasmitido con entusiasmo por mil generaciones, aun más allá del tiempo.

III

Apareció, en fin, el objeto verdaderamente digno de tantos votos. ¡Oh momento, el más feliz de todos, rodeado de esperanzas y de amor! Apareció, sí, y en medio de la noche, un astro luminoso conduce á tres grandes del Oriente al pobre establo de Bethleem, donde había nacido; y allí le reconocen y le ofrecen sus respetos y homenajes. Revestido del doble carácter de Hombre y Dios, al paso que se somete á las privaciones y miserias de la vida, triste patrimonio de los hijos de Adan, imprime en sus acciones el sello de una sabiduría infinita, de un poder y bondad sin límites. Vivió sobre la tierra treinta y tres años, el Eterno por esencia que mora en los cielos, existió como hombre el que es Dios, y se entregó por fin á la muerte el Autor de la inmortalidad.

Sin embargo, siéndole demasiado sensible abandonar al mundo, por quien tanto ha sufrido, fija su

residencia en la tierra para ser el compañero y el consuelo de todas las generaciones en su penoso destierro. Bajo la nueva y humilde forma en que se dejó ver en la noche que precedió á su muerte, cuando se hizo manjar de sus discípulos, morará, mientras el tiempo acaba, entre los hijos de los hombres. Entre lo más oscuro y recóndito de las grutas del desierto, y en las húmedas y lóbregas catacumbas, habitará apenas conocido, en tanto que pasan las primeras horribles persecuciones, y más tarde, en tiempos de tranquilidad y de paz, domado el mundo bajo el estandarte de la Cruz, se ostentará magnífico, y recibirá el honor á solo Él debido, en medio del suntuoso templo erigido á su gloria, así en el antiguo como en el moderno continente, desde las márgenes del Tigris hasta las apartadas costas del Pacífico.

Había dicho en otro tiempo por David: "este es mi descanso para siempre: aquí tendré mi habitación, pues la elegí." Y esta promesa consoladora se ha cumplido. Diez y nueve siglos há que la Divina Humanidad de Jesús fué á ocultarse tras una blanca nube, al elevarse más allá del azulado firmamento; y desde entonces la presencia bienhechora, misteriosa y real del Único que ha sabido y sabe amar á los hombres, se multiplica por toda la faz de la tierra. Partió, sí, mas permanece aún. Al tiempo mismo que voló á descorrer el velo que cubría la mansión celestial, resolvió servirnos de guía en la senda difícil que allá conduce. Amigo fiel y hábil conocedor de nuestras desgracias pasa-

das y de nuestra miseria actual, sabe, cual ninguno, iluminar y dar auxilio; profundo sabedor de la tristeza que domina á nuestra raza proscrita y abatida, sabe inspirar consuelo y fortaleza; persuadido, en fin, de la sed insaciable de felicidad que nos devora, sabe dar gozo y satisfacer.

Silencioso é inmóvil sobre nuestros altares, habla al corazón de quien le busca, y reparte sus gracias y sus bendiciones, aun á aquellos que jamás se acercan á pedirlas. No recibiendo, por lo común, de los mortales otra correspondencia que la ingratitud, se complace en estar en medio de ellos, haciéndoles entender su amor, y no cesa de llamarlos, y jamás desiste de esperarlos. Casi siempre solitario, aun en el centro de las ciudades populosas, ve correr á los hombres tras el oro y el interés, y engolfarse en los negocios temporales, olvidados enteramente de su destino.

IV

Así reside sobre la tierra nuestro Salvador, oponiendo siempre sus finezas á la ingratitud y al olvido, á la indiferencia y al menosprecio. Deseoso siempre de darse á conocer á sus hijos, constituye toda la magnificencia de nuestras solemnidades, cuando haciendo, por decirlo así, más sensible su presencia, se deja exponer á la adoración y á los homenajes públicos. ¡Ah! ¡Cómo se dilata su corazón en tales ocasiones! ¡Cuánta ternura rebosa su

pecho entonces, si oye exhalar á sus pies el suspiro de la gratitud! Cuánta riqueza realza los dones que concede!

¿Hay alguno, por ventura, que ilustrado por la fe, no haya sentido las emociones más dulces al comparecer en su presencia? ¿que no haya sorprendido en el fondo del corazón el grato sentimiento del amor filial? ¿que se haya separado sin gustar las inspiraciones inefables del consuelo? Allí sólo, en las gradas de aquel trono de amor, es donde todo lo necesario, lo útil y lo grande, se conoce, se adquiere y se perfecciona. Allí sólo, bajo la inmediata influencia de la luz y de la caridad infinita, la inteligencia humana se ilustra, la voluntad se inflama para el bien, y los medios eficaces para promover la felicidad se confirman y se multiplican.

Id, pues, á Jesús, vosotros los que gemís bajo el peso del infortunio, y encontrareis consuelo; id los que no podeis satisfacer vuestros votos con todo lo mucho que poseeis, y quedareis plenamente satisfechos; id los que estais encadenados al delito, y recobrareis la libertad por que suspirais. ¡Ah! ¡Qué suma de instrucción tan magnífica se recoge á sus pies!

"Recelando Jesucristo, dice Gaume, que los hombres olvidasen sus lecciones, ó las creyesen equivocadamente contraidas á ciertos tiempos ó lugares, se estableció en la Eucaristía: morador de las ciudades y de los campos, habitante de todos los países; allí, desde su tabernáculo, repite y repetirá hasta el fin de los tiempos, á las generacio-